

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Margarita*, poesia, por María del Pilar Sinués de Marco.—*La calle del mal consejo*, por D. Carlos Pravia.—*La sombra de Ida*, (continuacion), por Leon Gozlan.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte una lámina de labores y el pliego tercero del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XIX.

JUAN BAUTISTA Á LUCIANO.

Urrea de Jalon, octubre de 18...

Hace tres dias, mi querido amigo, se ha casado mi hermano Santiago con Maria Herrera, hermana de Valentina, la que fué mi novia.

Como se ha decidido que yo siga la carrera del foro, que ya llevo bastante adelantada, los novios se han quedado á vivir en casa, á fin de que Santiago cuide de la hacienda porque yo me iré á vivir á la ciudad con mi mujer.

Ella es la que ha conseguido este triunfo insignie de mi madre, que no queria que yo fuera mas señor que mi padre, como ella dice.

Ya hemos ido á la ciudad, y hemos alquilado un piso tercero en una casita nueva y muy bonita. Mérida lo ha amueblado á su gusto, y esto basta para que sea el nido mas primoroso que te puedas imaginar.

Ella te lo describiria mejor que yo: en cuanto á mí, sole te digo que allí se respira dicha y alegría por todas partes: el sol baña nuestra salita amueblada con sillas cuya tapiceria es de co-

lor de paja: dos ramos de flores la llenan de nubes impalpables de perfumes: un pajarito, dorado como las sillas, la alegra con sus cantos y con sus trinos que caen en el aposento como las perlas desgranadas de un collar.

Mérida ha dispuesto para ella un cuarto vestido de tela de color de rosa, y lleno de flores: un cuarto tan encantador como el nido de un joven cisne: nada mas puedo decirte de él, porque mi tosea percepcion de hombre deja escapar muchas bellezas de detalle.

Mi madre nos permite vivir en la ciudad á condicion de que hemos de ir á la aldea todos los sábados por la tarde, para pasar el domingo en familia, y volvernos el mismo dia por la noche ó el lunes muy de madrugada.

Nuestra partida estaba fijada para hoy; pero la hemos suspendido porque ha llegado anoche el conde de Peñafiel, esposo de la hermana de Mérida.

Yo no le habia visto mas que el dia de nuestra boda, y desde luego me unió á él la mas viva y profunda simpatia: es el hombre mas seductor, el mas completo que se puede encontrar, y que yo me habia figurado existiese: su belleza varonil tiene un sello de grandeza, que casi diria que deslumbra, si no temiese que te burlases de mí.

Yo no sé qué hay en su cara plácida y triste, grave y dulce á la vez: á sus ojos se asoma el genio con toda la arrogancia de la verdadera

grandeza. Camilo es un hombre tan superior, tan tranquilo en medio de todas las vicisitudes de la vida, que me parece había de ennoblecer la mayor miseria, y que la mas espléndida opulencia se empequeñecerá delante de él.

Su mujer debe adorarle y lo mismo todas las demas mujeres.

¡Qué no daría yo por parecerme á él para ser digno de Mélida! qué no daría por tener esa calma, esa mesura perfecta, esos modales seductores, esa amena, viva, variada y profunda conversacion! esa dignidad mezclada de indulgencia, esa gravedad dulce y templada!

Mi madre le brindó con nuestra casa, y él aceptó con franqueza.

—El caso es, hermano, dijo Mélida con su hechicera sonrisa, que tu cuarto no será muy bueno; pero no hay otro y te contentarás con él: yo misma le arreglaré, y verás como no queda del todo mal.

—Dispuesto por tí, mi querida hermanita, repuso Camilo, será para mi el mas delicioso asilo, y solo deseo poder retirarme á él.

Mélida se levantó y salió seguida de una de las criadas de casa, que iba á ejecutar sus órdenes. Me pareció que el conde la seguía con una mirada fija y profunda: pero ¿acaso él no mira así siempre? Y acaso la figura encantadora de mi mujer no atrae de una manera irresistible la atencion?

—Ya está tu cuarto, Camilo, dijo Mélida volviendo al cabo de pocos instantes; allí quedó luz por si quieres recogerte.

El conde se levantó: volvió á mirarla de la misma singular manera, que esta vez me llamó mas la atencion, saludó respetuosamente á mis padres, y salió, acompañándole yo hasta su cuarto.

Mélida había sabido hacer, en pocos instantes, de una estancia muy humilde, una habitacion primorosa.

Cortinas blancas en la ventana, una mesita con algunos libros escogidos, y adornada por un espejo, en el que se reflejaba un jarro de cristal con un ramo de flores, algunas sillas pintadas de verde, y en la alcoba un lecho, colgado de sarga del mismo color, componian el mueblage.

Sobre la mesa, y en una palmatoria de metal, brillante como el oro, ardía una bujía.

Ya estábamos en su cuarto, cuando llegó Honoria de casa del señor cura á donde había ido á pasar un rato con doña Casilda su hermana.

Mélida me había hablado de los celos que su hermana tenía de su antigua preceptora: y ¡al oír el grito de alegría que dejó escapar Honoria cuando supo que estaba aquí el conde, y al ver la precipitacion con que corrió á su encuentro, casi me convencí de que era cierto.

No bien se halló en la estancia, Honoria se arrojó en sus brazos con el mayor júbilo, y llorando llena de emocion.

¿Será cierto? se amarán? habrá venido en busca de esa mujer, cuya reputacion, segun asegura la mia, ha sido siempre de la mas intachable virtud? ¡oh, eso seria infame, y la pobre Clara no merece por cierto semejante ultraje! es hermosa, y tiene ademas otra cosa mejor, que es la belleza del alma.

Tales han sido, querido Luciano, los acontecimientos de estos dias.

La dicha de mi hermano y de su jóven esposa nos alegra á todos.

María es buena, hacendosa, y ademas muy bonita: su padre le ha dado un dote muy regular: es, pues, para mi hermano, lo que se llama un excelente partido.

Los padres de Maria han comprado una casita al lado de la de los mios, para vivir cerca de su hija; pues con la boda de las dos se han quedado como cuerpo sin sombra.

Cuando me levanté esta mañana, que fué muy temprano, ya hallé á Camilo paseándose por el jardin con un libro en la mano,

Mi mujer andaba por otra calle cogiendo flores pues entre los árboles ví su vestido blanco, que el viento agitaba.

Al volver un sendero, se encontraron de frente. Mélida permaneció tranquila y risueña: pero creo que ví á Camilo cambiar de color.

Pero no! debe haber sido aprension mia. ¡Camilo cambiar de color!

El, tan dueño de sí mismo, tan grave, tan mesurado, palidecer á la vista de una niña!

No sé qué misterio hay aquí que hiela mi corazón! pero hace algunas horas que me pregunto con incansable afan:

—Dios mio! porqué habrá venido aquí el conde? cuales serán sus designios?

Te he escrito una carta bien estraña, Luciano, pero tu la comprenderás y perdonarás á tu amigo

JUAN.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

LA MARGARITA.

Flor que á los campos vienes
Linda y modesta
Para anunciar gozosa
La primavera;
Flor inocente
Que á orillas del arroyo
Blanda te meces;

No en soberbios jardines
Luces tus galas,
Ni adornas los cabellos
De altivas damas;
Pero los tristes
Buscan siempre los sitios
Donde tu vives.

La fresca y verde grama
Te brinda lecho,
Y el agua cristalina
Claros espejos;
Y cuando mueren,
De los niños adornas
Las puras sienes.

¡Estrella de los tristes!
¡Flor candorosa
Que ni esplendor ostentas,
Ni grato aroma!
Tu eres, flor casta,
De mi ser y mi vida
La imagen plácida.

Si! En tí la imagen veo
De mi existencia;
Cual tú, tranquila y triste,
Cual tú, modesta;
Que en el retiro
Sin ambicion, sin sueños,
Ambas vivimos!

¡Cuánto agrada á mis ojos
Tu albo ropaje
Cuando al morir el día
Corro á buscarte!
Si torpe huella
Te maltrata y destroza,
¡Cuanta es mi pena!

Yo pienso que las flores
Sois criaturas
Que abandonais la vida
Con honda angustia:

Y aunque os deseo,
Ni una vez arrancaros
Del tallo puedo.

Porque al ver ¡inocentes!
Vuestra agonía,
Al ver que quedais pronto
Yertas, marchitas,
Siento que el llanto
A mis pupilas tristes
Se va agolpando.

A ser inanimadas,
La dura muerte
No sufrir os haría
Tan rudamente:
Y la belleza
Para vosotras, flores,
Sería eterna.

Tú, pobre margarita,
Vives mas tiempo
Que las soberbias rosas
Que bellas fueron:
Que eres modesta
Y te viste el ropaje
De la inocencia.

Por pequeña y humilde,
Nadie te mira;
Mas si te vé el que llora,
Siente alegría.
Que eres la imagen
Plácida y resignada
Del alma amante.

Si brotas á la orilla
De alguna tumba
Donde vierte una madre
Llanto de angustia,
En su delirio
Piensa que eres la risa
Del muerto niño.

Si el aura, murmurando,
Tu tallo mece,
Piensa que canta el niño
Mientras que duerme.
Y al fin esclama:
¡Feliz el hijo mio
Que ríe y canta!

Si! tú eres el emblema
Del sentimiento!
Por eso, margarita,
Tanto te quiero;

Que aun era niña
Y entre las flores todas
Te preferia.

Estrella de los tristes,
Flor candorosa,
Que por adorno tienes
Niveas tocas.
Tú eres, flor casta,
De mi ser y mi vida
La imágen plácida.

Maria del Pilar Sinués de Marco.

LA CALLE DEL MAL CONSEJO.

TRADICION SEGOVIANA.

Segovia, antigua capital de los arevacos, famosa corte de los reyes de Castilla, ciudad célebre en la guerra por sus tercios siempre vencedores, en las artes por su admirable acueducto, y en la industria por sus paños de eterna duracion, es hoy un conjunto de casas y palacios medio arruinados que se estrechan y sostienen unos á otros como los individuos de una familia amenazada de exterminio. El Eresma y el Clamores, que humildes lamen los pies de la roca sobre que se levanta la poblacion, envuelta en sus ruinas como un hidalgo pobre en la capa de su abuelo, parecen formarse con las lágrimas que aquella vierte al comparar su pasado brillo con su actual decadencia. Los elevados muros que, cual la hiedra al olmo, ceñían la ciudad con sus descarnados brazos, se demoronan y vienen á tierra diariamente: mientras Segovia fué reina, la sirvieron de diadema; ahora que la soberana ha descendido de su trono, se desprenden piedra á piedra de su cabeza y van á sepultarse entre la yerba de los valles.

Segovia es una noble anciana cargada de años y cubierta de arrugas; el sol de muchos siglos ha dado á su rostro un color pardo oscuro que infunde respeto y veneracion. Cuando el viajero la vé á lo lejos, saluda conmovido á la patria de doña Berenguela, á la morada de Isabel la Católica. La anciana le acoge con placer entre los pliegues de su desgarrado manto, y como quien mucho ha visto, habla mucho, y como los viejos son aficionados á tradiciones,

cuentos y consejas, le refiere multitud de ellos para hacerle agradables las horas.

En la *Cruz del Mercado* le dice que en 1411 habia allí una cruz de piedra, en cuya peana predicó S. Vicente Ferrer un sermón «que oían los distantes á tres y á cuatro y á mas leguas y le entendian todas las naciones á pesar de que el santo hablaba en lenguaje valenciano (1).»

Desde las ventanas del Alcázar le señala las *Peñas Grageras*. A los principios del siglo XIII una judía faltó á la fé conyugal: convicta y confesa, los de su raza autorizaron al ofendido esposo para castigar á la adúltera de la manera que quisiese. El israelita meditó algun tiempo, buscando el medio de que la venganza fuera tan terrible, como grande era el crimen, y por último, condenó á su esposa á ser despeñada desde lo alto de las *Peñas Grageras*. El pueblo acudió en masa á la ejecucion: el espectáculo prometia; pero el pueblo se llevó chasco, porque la culpable, al ser conducida al lugar del suplicio, pasó por la Catedral é invocó á la Virgen de la Fuencisla diciéndole:—*Virgen Maria, pues amparas las cristianas, ampara una judia*. La Virgen oyó la sencilla súplica de la pecadora arrepentida, y esta, lejos de hacerse pedazos por aquellos derrumbaderos, llegó al fondo sana y salva pidiendo á gritos el bautismo. *Maria del Salto* se hizo en efecto cristiana y tomó este nombre en memoria del suceso; y todavía se vé en el claustro de la catedral una lápida con esta inscripcion: *Aquí está sepultada la devota Marisaltos con quien Dios obró este milagro en la Fuencisla. Hizo su vida en la otra iglesia: acabó como católica cristiana año de 1237. Trasladóse año de 1558.*

Delante de la casa que habitó San Juan de la Cruz, se eleva un ciprés casi pelado, cuyas ramas superiores se desvian del tronco en direccion horizontal. El santo plantó aquel árbol y dijo:—*Este ciprés me servirá de corona*. La profecía se ha cumplido; la copa del ciprés termina en una corona.

En la calle Real el viajero se detiene á contemplar un capricho arquitectónico de pésimo gusto. Es la fachada de una casa construida toda de piedras exactamente iguales, labradas en forma de puntas salientes, que la hacen asemejarse á un erizo. Segovia, la buena y complaciente vieja, toma la palabra y dice:—Los marqueses de Quintanar compraron esta casa que habia pertenecido á los judios. Aderezaron-

(1) COLMENARES, *Historia de Segovia*.



la con gran lujo y vinieron á morar en ella. El pueblo, apegado á sus usos y costumbres como las ostras á su concha, continuó dándole el nombre de *casa de los judíos*, sin consideración á la nobleza y gran poderío de los señores que la ocupaban, los cuales perdían los estribos al oír que los segovianos les llamaban indirectamente judíos á boca llena. Consultaron el caso con un jesuita, su confesor, y por su consejo hicieron demoler la antigua fachada y construir la que en el día existe. Nadie volvió á mentar la casa de los judíos; por un sentimiento unánime los segovianos todos pusieron á la vivienda de los marqueses de Quintanar el apodo de *casa de los picos* que conserva.

Próxima á la cuesta de San Bartolomé hay una calle estrecha y solitaria. Los edificios que la forman son tristes y de mezquino aspecto; algunos de ellos ofrecen á la vista la armazón de madera, que blanquea entre los mohosos ladrillos como los huesos de un esqueleto sobre un fondo oscuro. En una esquina tiene escrita en gruesos caracteres negros su fé de bautismo: CALLE DEL MAL CONSEJO. Quien sabe que en Segovia hay una tradición para cada piedra, según acertadamente ha dicho un escritor extranjero, adivina al punto que el extraño nombre de aquella calle debe de correr unido á alguna historia maravillosa y terrible, y entra en deseos de conocerla. La buena vieja satisfará su curiosidad por boca de cualquiera de sus atentos hijos, y en confirmación de su relato le hará leer en el convento de monjas de *Corpus Christi* un precioso documento que nosotros hemos tenido á la vista y dice así:

EL INSIGNE Y MEMORABLE MILAGRO DE EL SANTÍSIMO
CUERPO DE NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO QUE
ACONTECIÓ EN SEGOVIA EN EL AÑO DE 1410.

(Se continuará).

Carlos Pravia.

LA SOMBRA DE IDÁ.

POR LEÓN GOZLAN.

(Continuación.)

«La viuda del tonelero se vió obligada, no solamente á salir de los almacenes de la administración de las aguas, sino de Bamberg, no queriendo mendigar, á lo que pronto se hubiera visto reducida, en un pueblo en el que su

marido había sido maestro tonelero, y guarda en jefe de las cubas de incendios: era mujer de voluntad y de energía. Este rasgo de su carácter lo prueba; antes de partir, resolvió darse el amargo placer de maldecir la casa del burgomaestre, cuya larga fachada se extendía en la plaza principal de Bamberg.

»Vino la noche, y dejó, derramandolágrimas, aquel retiro de donde se la echaba con sus dos hijos, á quienes llevaba cogidos de la mano. Ah! el destierro es ímpio!, ha dicho un gran poeta que lo ha conocido.

»Era ya tarde, hacía mucho frío, la nieve cubría los tejados de las torres de la antigua casa de la ciudad, y la luna, ese sol muerto, iluminaba sus altas ventanas ojivas.

»Como se lo había prometido, la madre se detuvo á alguna distancia de aquel monumento de los antiguos tiempos, y le fulminó su maldición. Algunos vieron de lejos la sombra de la viuda y de sus dos hijos, proyectarse negra en la tapia descolorida, espectáculo que hubieran olvidado, como todo se olvida, sin el acontecimiento que se repitió pocos días después, y que alarmó á toda la ciudad.

»Si todo se olvida en el mundo, todo se sabe también, especialmente en los pueblos pequeños.

»A la mañana siguiente de la partida de la viuda, circuló por Bamberg la noticia de que la pobre familia del tonelero había abandonado la ciudad para ir á mendigar el pan y el albergue en otro pueblo mas hospitalario.

»Entonces fueron las lástimas á las que siguieron las recriminaciones. ¿Porqué se había dejado partir á aquellas gentes de la misma suerte que se espulsaba á una familia de leprosos á empujones en la edad media? ¿Una familia tan honrada, tan buena!

»¿Quién duda de que estos eran muy buenos sentimientos? excelentes! sublimes! No tenían mas que un defecto... el de ser inútiles... vinieron demasiado tarde. El mal estaba hecho. Como se vé, nadie se acusó á sí mismo, pero en cambio todos acusaron al burgomaestre: las iras se amontonaron y se condensaron sobre su cabeza como otras tantas descargas eléctricas. En el fondo, merecía esta reprobación, pero no fué solo él el culpable. El, es verdad, debía haber dado ejemplo de humanidad, y había sido cruel.

»Los días que siguieron, el rumor creció, añadió el viejo Flandern entusiasmado por la atención que le prestábamos, y mucho mas cuando se dijo y se repitió de casa en casa, de

la taberna á la fonda, de la tienda al palacio—este es el suceso de que he prometido hablaros—que las gentes que habian visto, algunos días atrás, la sombra de la viuda del tonelero y de sus hijos dibujarse negra en las paredes blancas del palacio del burgomaestre, habian visto ahora, la noche anterior, las mismas sombras, aunque les constaba que la viuda y sus hijos no estaban en Bamberg.

»Aquellas gentes afirmaban que los dos niños, en forma de sombra, lloraban: que la viuda, en la misma forma, tenia el brazo estendido, llamando la execración divina sobre la casa del burgomaestre. Nada faltaba á aquel grupo de desolacion, decian asustados aquellos testigos despavoridos y el cuadro estaba allí claro, añadian, perfectamente acusador y terrible, como si Rembrandt, el Miguel Angel de la sombra, hubiese pasado por allí con su pincel de mágico.

»Muchos creyeron el prodigio, muchos no lo creyeron; pero unos y otros, sin escepcion, se dieron cita en la plaza del palacio del burgomaestre para aquella misma noche, los primeros para probar el hecho; los segundos para asegurar por sí mismos el suceso extraordinario, inaudito, objeto de contestaciones, disputas y burlas. La ciudad de Bamberg no tuvo otro pensamiento, otra emocion hasta que llegó la noche.

»Esta vino con la impaciencia nerviosa de todos por instalarse en la plaza, sin que nadie sintiera la marcha del sol, para otro hemisferio; y apenas la claridad de la luna, llena entonces, hubo blanqueado la gran fachada de la casa de la ciudad, las miradas alteradas de curiosidad de veinte mil habitantes se clavaron en aquella pared. Hubo un instante de duda. El prodigio no se mostraba.... mas de pronto, en la fachada, cubierta de miradas inmóviles, se levanta, se despliega, se detiene el grupo de la viuda del tonelero y de sus dos hijos! Oh! si, eran sus sombras! Negarlo, dudarlos, hubiera sido una locura, porque no estaban ni en la plaza, ni en la ciudad. Eran, pues, las sombras nada mas, sin los cuerpos que las produjesen.

»Bamberg petrificado de sorpresa y sus veinte mil habitantes transformados en veinte mil fanáticos, viendo allí una prueba evidente de la indignacion celeste contra la conducta del burgomaestre, sin pensar en que la suya propia no habia sido mejor, se abalanzaron sin consultarse, con un movimiento unánime, feróz, á la fachada de la mansion maldita, y con picos, con

martillos, con azadones, con piedras, con todo lo que hallaron á mano, acometieron aquella casa condenada irremisiblemente á la destruccion, y la derribaron. Previniendo este resultado, el burgomaestre habia tomado ya la resolucion mas laudable, la de huir de sus administrados tan bien dispuestos en su favor.

»Al amanecer, cuando hubieron acabado su obra, esto es, cuando hubieron practicado una brecha enorme en la casa de la ciudad, se retiraron entusiasmados con su victoria. Los mancebos del tonelero estaban apaciguados: no se veia ya mas la sombra tres veces vengadora de su familia en el monumento castigado.

III.

»Durante un mes nada se observó: todo estuvo en calma: volvió el burgomaestre: por respeto á su pueblo no quiso reedificar lo arruinado. ¿Porqué habia de dar este paso tan poco político en aquellas circunstancias? Las alas extremas de su palacio se unirían en el fondo por otro muro. Se contentó, pues, con esta obra que le permitia deplorar algo menos la pérdida de la otra parte, que la ligereza de un pueblo impresionable, pero bueno, habia echado por tierra.

(Traducción).

(Se continuará.)

Jerónimo Lafuente.

REVISTA DE LA SEMANA.

La romería.—La puerta y el postigo.—Las Amazonas del Tormes.
—La corte en Aranjuez.—Una poesia premiada.—El Circo del Príncipe Alfonso.—Leotard.—Los Campos Eliseos.

La romería de San Isidro ha sido este año, como en los anteriores, un pretexto mas para que las gentes se reunieran en el campo, mas dispuesta á echar una cana al aire, que á celebrar el cumpleaños del santo. Santos hay tan desgraciados que sirven de excusa á los madrileños para beber el vino á pasto, y consumir unas cuantas gruesas de rosquillas. Si el día 15 hubiera sido posible clasificar á los concurrentes de la romería por el país á que cada uno de ellos pertenecia, tal vez el resultado hubiera ve-

nido á probarnos que á San Isidro, patron de Madrid, van á visitarle generalmente casi todos los españoles, y media docena de madrileños.

Pero á bien que esto es lo que menos debe ocupar á un revistero. Mi mision no es hacer comentarios de las costumbres, sino relatar los hechos y nada mas. Así, pues, me limito á decir que el espectáculo, que ofrecia el campo aquel famoso dia, no podia ser mas variado. Familias que se dirijen con faz risueña y apresurado paso á la ermita, pollos de bajo vuelo que acuden á la romería prometiéndose pasar un dia feliz al cabo de un año: simones vergonzantes que conducen al campo á un matrimonio feliz, ó á dos amigos infelices; ómnibus cargados de gente que grita, canta y aun á veces se permite ladrar por hacer gracias: ginetes á la alta escuela, caballeros sobre jamelgos que huieron de la plaza de los toros; majos y estudiantes que hacen recordar al caballo de bastos, y gente de á pié que parece estensa procesion de hormigas, cruzando por entre los carruajes, los jamelgos, los carromatos y los borriquillos. Tal es el cuadro que ofrecen los alrededores de Madrid todos los años en este dia tradicional, y que ha inspirado á Eduardo Bustillo un bonito romance en el que ha descrito, mejor que yo, tan animada fiesta.

Dos ó tres dias suele durar la tranquila alegría de los inocentes romeros. A la hora en que esta revista salga al mundo, es muy posible que todo haya terminado; no quedando mas recuerdo de la romería, que una lista de muertos y heridos que ha publicado *La Correspondencia*: y al llegar á este renglon, se me ocurren tantos y tales comentarios cuya emision podria desagradar á mis lectoras, que renuncio á hacerlos, y doy punto hasta el año que viene, en materia de romerías.

Hablemos, pues, de otra cosa.

El jueves se estrenaron en el teatro de Jovellanos dos obras: titulada una *La puerta y el postigo*, y de la cual solo puedo decir que el argumento entró por el postigo y salió por la puerta tan precipitadamente, que no tuvimos tiempo de conocerle: la otra se titula *Las amazonas del Tormes*, y es una zarzuela sumamente entretenida, versificada con facilidad y gracia, y adornada de una música agradable, circunstancias todas que contribuyeron á un éxito brillante para los autores que lo son D. Emilio Alvarez, y el maestro Rogel. *Las amazonas del Tormes* darán muy buenas entradas á los autores

y á la empresa. Recomendando dicha zarzuela á mis lectoras, y las cito y emplazo para el teatro de Jovellanos.

La corte ha salido para Aranjuez. Se asegura que á este sitio llegará en breve el emperador de los franceses.

La Academia Española, en su reunion del dia 18, acordó conceder el premio ofrecido por el concurso á una poesia en redondillas original del mas fecundo de nuestros novelistas señor Fernandez y Gonzalez. Inútil sería dedicarle aquí un elogio, cuando todo el mundo conoce la poesia aquella. Declamada ante la reina de España, publicada en *El Museo Universal*, copiada por veinte ó treinta periódicos de Madrid y provincias, y ofrecida de regalo á todos los suscritores de la última novela que ha escrito el señor Fernandez y Gonzalez, bien merecia llamar la atencion de la Academia.

Doy la enhorabuena á mi querido amigo que ha sabido colocarse á la cabeza de nuestros poetas monárquicos.

El Circo del Príncipe Alfonso está cada noche mas desanimado. El público se retrae y apruebo la conducta del público. Apenas hay variedad en las funciones que allí se ofrecen: la compañía, en conjunto, no puede satisfacer las exigencias de un público que está acostumbrado á ver otras mejores. Esceptuando dos ó tres artistas, que en honor de la verdad son muy dignos de aplausos, los demás hacen lo que pueden; mas ¡ay! esto me recuerda el cuento del gallego que hizo todo lo que pudo y no hizo nada. Dé gracias la empresa á Monsieur Leotard, de quien se puede decir que ha venido como llovido del cielo. Todas las entradas grandes de esta temporada se deben dar solo á aquel gorrion con botas.

Bien puede asegurarse que en cuanto se inaugure la temporada de los Campos Elíseos el público dirá ¡vuelvo!...

Y á propósito, cuando esta revista llegue á manos de mis lectoras, ya se habrá representado *El Profeta*, en el teatro Rossini, y mas de una de ellas habrá dado un paseo en barca, estableciendo la primera base de un tratado de amor, que terminará como las relaciones de la protagonista de una pieza que he visto hace pocas noches; relaciones que comenzaron en la ría de los Campos Elíseos, y acabaron en la parroquia de Santiago.

Eusebio Blasco.

LABORES.

Tapetillo para lámpara.

Todos los materiales para ejecutar esta útil y linda labor, cuestan próximamente unos diez reales, mis queridas lectoras: si cuando la tengais concluida y alegrando vuestros ojos bajo la lámpara ó quinqué que os sirve para leer, escribir ó bordar, comparais aquella pequeña cantidad, con su gracia y frescura, consagrareis sin duda un recuerdo de gratitud al *Angel del hogar* y la mirareis como una prueba de lo mucho que se interesa por el embellecimiento de cuanto os rodee.

Comprad, para ejecutarla, en casa de Schropp ó de Escalante, los materiales siguientes:

Quince gramos de lana céfiro verde oscuro.—Ocho madejas pequeñas de la misma lana, pero de dos diferentes matices, verde más claro.—Otras seis de lana verde trigo, de otros dos matices distintos.—Seis del mismo tamaño color de cereza, tres de matiz más vivo y tres más claro.—Un poco de alambre negro de un grueso regular.

Empezareis haciendo el fondo á crochet tunecino, con la lana del verde más oscuro, ejecutando un círculo que se empieza por en medio y que debe tener veinte centímetros de diámetro.

Hecho esto, cortareis un círculo de cartulina, que tenga diez y ocho centímetros, y le forrareis por ambos lados con percalina verde, uniendo los dos forros al borde con un punto por encima, fuerte y hecho con seda verde: en seguida se hilvana el crochet sobre uno de los lados del círculo de cartulina, colocándole bien estirado y cosiéndole con seda verde también.

Como el círculo de crochet tiene dos centímetros menos de diámetro que el de cartulina, esta excederá bastante: el exceso se cubrirá con una tira de percalina verde ligeramente algo donada, que, cosida por la parte interior, formará un ancho dobladillo.

Para cubrir este borde, se hace una franja de malla con lana verde de dos tonos, sobre un molde que tenga centímetro y medio de ancho.

Ya en este estado la labor, se procede á la ejecución de los frutos y hojas que, formando ocho ramilletes, la guarnecen graciosamente: advirtiéndose que en cada uno de estos ramitos hay dos cerezas de matiz claro y una de oscuro: las

tres hojas son cada una de un matiz de lana verde diferente, colocando la hoja del verde más oscuro al lado de una cereza del color más claro.

Para cada cereza, se cortan cuarenta pedazos de lana de tres centímetros cada uno: se les anuda por la mita con un alambre y se aprieta este dejando un cabo bastante largo para formar despues el tallo: se enrollan los extremos de la lana formando bola: se les alisa y se les iguala de manera que las hebras estén bien unidas, y se obtiene una cereza de centímetro y medio de diámetro: despues se cubre el alambre sobrante con lana verde para formar el tallo.

Las hojas se ejecutan del modo siguiente: se hacen, sobre un molde plano, veinte y seis puntos de malla: se saca el molde y se pasan dos alambres por los puntos, y se vuelve la franja hasta reunir los dos extremos, lo que forma la hoja que se procurará dejar un poco puntiaguda á fin de imitar lo mejor posible la hoja del cerezo: para formar la vena, se pasará un alambre fino por la doble línea de puntos que queda en medio y se le cubrirá con un punto tendido hecho con la lana verde más oscura y con una aguja de coser.

Se hace despues al rededor de la hoja y para sujetar al alambre, que la rodea, un punto de feston bastante flojo, con el mismo color verde oscuro, y sobre este otro punto más claro con lana de color de cereza lo que forma un dentado del más lindo efecto.

Cuando los grupitos de frutas y hojas se hallan terminados, se reparten alrededor del tapetillo en distancias iguales, colocándolos, segun muestra el grabado, y asegurándolos sólidamente.

En los huecos que quedan entre grupo y grupo, se coloca un tufo de lana verde de todos los tonos que se han empleado para la labor, compuesto de una franja de malla, hecha con lana cuádruple sobre un molde delgado: despues de hecha, se extiende y se rellenan con ella los huecos, cuidando de dejar las onditas de la franja bien iguales.

En París se usan tambien estas lindas alfombritas para debajo de los frascos en las mesas de tocador.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

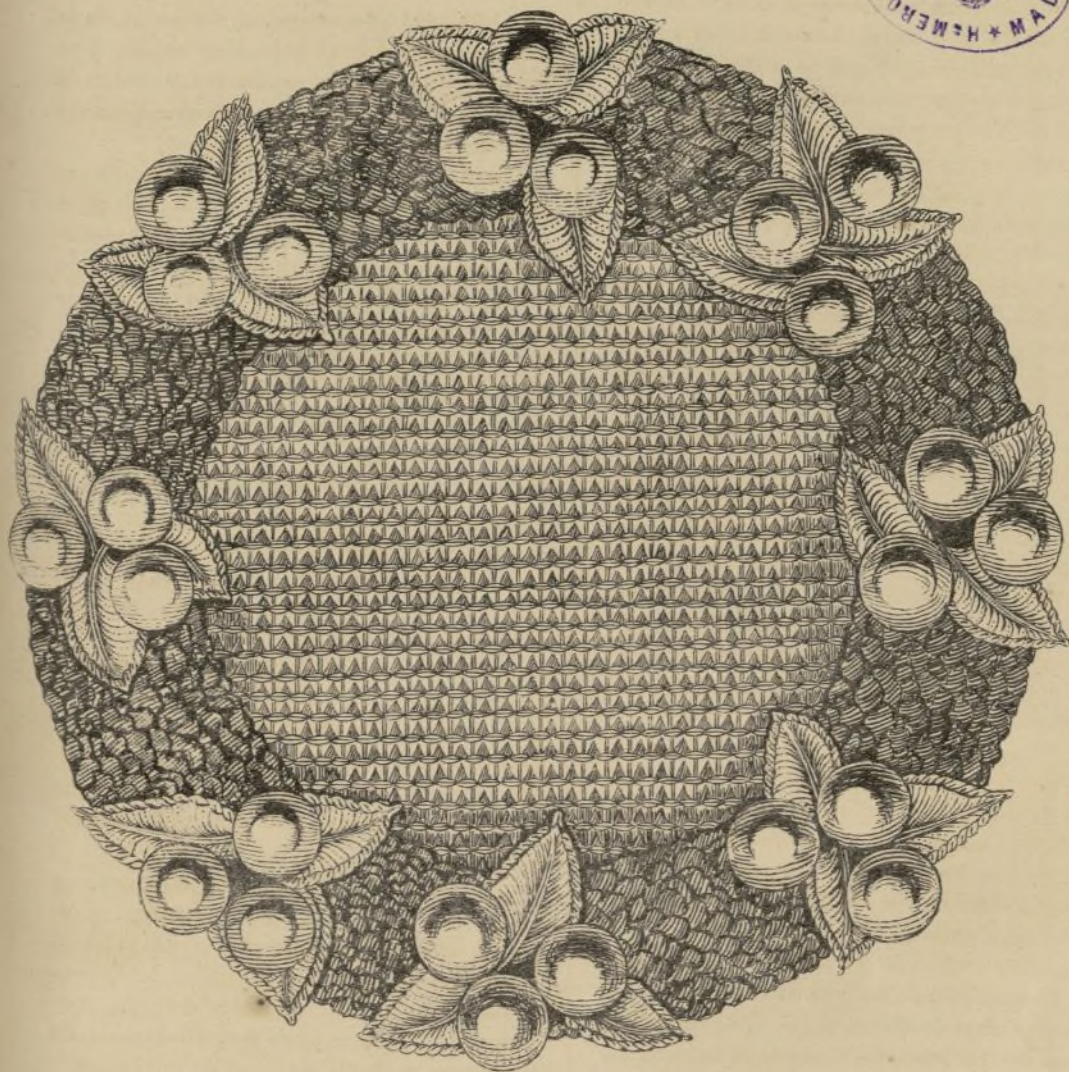
Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 11.

EL ANGEL DEL HOGAR.

Redaccion y Administracion: Calle de Trujillos, n.º 3. c.º 2.º

MADRID.



TAPETILLO PARA LÁMPARA.